
Jesús Pardo: *Un muerto hablando de otros muertos*

por Anna Caballé y Arcadi Espada

JESÚS PARDO (Santander, 1927), autor de una tetralogía autobiográfica—Ahora es preciso morir, Ramas secas del pasado, Cantidades discretas y Eclipses—ha publicado una autobiografía, *Autorretrato sin retoques* (Anagrama, 1996), considerada de forma unánime como un nuevo modelo a la hora de afrontar el relato de la propia vida: despreocupado de la necesidad de ofrecer una imagen heroica de sí, y con una falta de pudor sorprendente, por su rareza en nuestras letras, Pardo ofrece un retrato impagable de las ilusiones y los desengaños de una vida, hasta 1974.

JESÚS PARDO: Pues yo pensé hacer una cosa. No la verdad. Porque, quién sabe lo que es eso. Pero lo que yo recordaba como la verdad. Eso es lo que me ha salido. Y siempre he dicho: bueno, si usted me demuestra que algo de lo que he dicho es inexacto, no tiene más que decirlo, y si es verdad, yo lo omito o lo corrijo. No tengo ningún interés en decir una cosa que no haya sido verdad. Eso es lo que he dicho siempre. Y nadie se ha quejado. Alguno se ha quejado, en privado sí. Y luego en la revista... Emilio Romero en ese sentido... Emilio Romero me llamó y me dijo que me había metido en *Pueblo* y es mentira. En *Pueblo* me metió Juan Aparicio. Y Trevijano que él me había metido en el diario *Madrid*. Mentira: yo nunca estuve en nómina del diario *Madrid*. De modo que mal me pudo poner en nómina ese señor. Yo era corresponsal y los corresponsales entonces no estábamos en nómina. Estábamos más o menos contratados, pero verbalmente. Yo nunca tuve un contrato allí. Y cosas así. Pero pienso que la tendencia ésta de escribir memorias más o menos veraces tiene que ver mucho con la religión. Si te fijas, los grandes memorialistas son protestantes. Amiel era protestante, suizo, Rousseau... todos ellos. La excepción sería Saint-Simon, que era católico. Pero las memorias de Saint-Simon son políticas. Pero, en general, por ejemplo, en Francia, donde hubo un gran trasfondo hugonote, tan importante que la noche de San Bartolomé, que fue una cosa sin precedentes en la historia europea—diez mil personas fusiladas como conejos en una noche entera—, y un rey como Carlos X, que no era un hombre sanguinario, desde su balcón disparando tiros. Bueno, el tremendo trasfondo cultural hugonote, ¿pudo tener algo que ver con la tradición francesa de escribir memorias, no tan veraces como las anglosajonas, pero muy parecidas? Algo tiene que ver. En España... primero ocho siglos de Reconquista. Esto crea un catolicismo muy *sui generis*. Yo lo he comprobado en Inglaterra y en Francia, donde he vivido. Yo he hablado con curas que me decían que el catolicismo español es un rompedero de cabeza. Es especial. Claro, son ocho siglos de una guerra cuyo único distintivo era el religioso. Y luego la continuación de la Reconquista que fue la Inquisición. La Reconquista no terminó con la conquista de Granada. La Reconquista terminó en el siglo XIX cuando a un maestro valenciano le dieron garrote por no ir a misa. Y ahí se acabó la Reconquista. Y luego la confesión católica, que no existe en los países protestantes. Yo creo que algo de todo esto tiene que ver.

ARCADI ESPADA: Yo creo que esa ausencia de tradición española... es una de las cosas que te quería comentar: ¿en qué modelos concretos te has apoyado...? Porque ¿tú siempre habías pensado en escribir memorias?

JP: Sí, sí, sí, porque yo soy un escritor obsesivamente autobiográfico. En todas mis novelas he metido mi vida. Pero, claro, el género novelístico es distinto. Te permite hacer lo que quieras con lo sucedido: cambias personajes, los mezclas... haces lo que quieres. Y luego inventas cosas, suprimes cosas. En cambio en las memorias lo lógico es que digas todo lo que recuerdas dentro de los límites de lo que llamaba Dante "el freno del arte". Es decir, un libro no puede ser un centón de anécdotas y de chismes. Tiene que tener una economía, un equilibrio, una simetría. Lo único que yo he suprimido de mi libro ha sido eso. Es decir: si a este señor le defino con dos anécdotas, no puedo citar cinco. He suprimido del libro lo que sobraba para que el libro no se saliera de madre. Y yo creo que me ha salido relativamente bien construido. He dejado muchas cosas sin contar, pero siguiendo ese criterio: ya esta bien definida esta situación, esta persona, de modo que las otras tres anécdotas sobran. Luego he suprimido deliberadamente todo lo referente a mis dos hijos, que son ingleses, que no influyen para nada en la obra.

AE: Todo no, hay referencias...

JP: Digo algo, cosas que le han pasado a todo el mundo. Mi hija iba creciendo, se ponía muy mona y era muy simpática. Eso le pasa a todo el mundo. Luego también he suprimido toda mi historia de interno en colegios de curas, porque es lo mismo que todo el mundo: que si los curas pegaban, que si los curas esto, que si los curas lo otro... Bueno, pues eso lo he suprimido: ¿para qué lo voy a poner? Las cosas que le han pasado a todo el mundo he tendido a suprimirlas, excepto si a mí me han pasado de una forma especial. Por ejemplo, todo el mundo ha entrado en la agencia EFE, pero yo entré de una forma muy rara, y entonces lo conté. Esas cosas. Esas son las únicas cortapisas que me he impuesto. Las demás, todas las omisiones, son de cosas que no me acordaba.

ANNA CABALLÉ: Y verdaderamente la experiencia que viertes en el libro es muy singular. Como la infancia, que es atípica, y donde describes las cosas

con una crudeza tremenda. Por ejemplo la historia esa de cuando heredas y te vas al Ritz para gastarte la herencia... es algo extravagante.

JP: A mí me pareció natural entonces. Me instalé en la pensión del tío Polo, como yo llamaba al Ritz. Yo me quedé allí hasta que se me acabó el dinero. Y después me fui a la pensión Jienense, que era un pensión de verdad. A mí esas cosas me parecían entonces naturales. Porque siempre fui muy poco práctico. A mí las cosas me han salido bien de pura chiripa. Lo lógico es que yo me hubiese muerto de esofagitis hace ya veinte años. He tenido suerte. Las cosas me han salido bastante bien. Por ejemplo, lo voy a contar en la segunda parte de las memorias, que yo me haya pasado tres años en *Historia 16* como director y fundador sin saber lo que había en los números de la revista. Esome lo hacían mi subdirector y la redacción: yo no me ocupaba de eso. Yo me pasaba el día metido en mi despacho, el despacho del director, leyendo otras cosas. Cuando salía la revista y tenía que ir a la censura a que la pasasen, yo no sabía lo que había. Miraba el índice y me enteraba de todo lo que habían hecho ellos. Y finalmente dimití porque se me acababa la excedencia de EFE. Yo creo que por carrerilla podría haber seguido.

AC: ¿Y por qué te involucrabas tan poco en *Historia 16*?

JP: Porque siempre me fastidiaron los trabajos que no eran míos. Yo he aprendido a leer catorce idiomas, entre ellos el catalán, pero porque eran cosas que, digamos, me había propuesto hacer. Pero yo iba a una oficina y me decían: "ahora hay que hacer esto, ahora hay que hacer lo otro", eso no era mío, a mí eso me aburría. Y cuando estaba en la agencia EFE era lo mismo. Yo llegué a ser famoso en la agencia EFE porque no hacía nada. Y no me ascendían, ¿cómo me iban a ascender?

AE: Pero eso sí que le pasa a mucha gente de todas maneras. Lo que ocurre es que no lo cuentan.

JP: Eso lo cuento en la segunda parte de mis memorias tal como ocurrió. Claro, yo quería que me ascendieran por mi cara bonita y no me ascendían y yo estaba resentido. Hacía chistes sobre la Agencia EFE en la Agencia EFE. Esos chistes pasaban inmediatamente a oídos de los jefes, que no me despedían (no entiendo tampoco por qué). Entonces yo me fui de la

Agencia EFE a los sesenta años y con una compensación muy buena. Y ese día el jefe que tramitó mi despido se quedó tan contento de que yo me fuese como yo de irme. Y fuimos a tomar café y lo pasamos muy bien. Recuerdo que mi carta de despido la redacté yo, porque la que ellos me proponían era ridícula. Que yo no iba a la oficina. Pero no te das cuenta de que si yo no voy a la oficina, eso no es motivo de despido, porque si me avisan de que tengo que ir, entonces voy. ¿Entonces qué ponemos? Pues pon que yo me reía de la gente. Pon que yo obstaculizaba la marcha de la Agencia. ¿Quieres que pongamos eso? Sí, hombre sí, yo te la dicto. Y yo dicté mi carta de despido. Luego me dieron el cheque de compensación y encantado de la vida. Y tan contentos se quedaron de dejar de verme que me invitaron a seguir colaborando. Y colaboro en la Agencia EFE desde entonces. Pero voy un día a la semana, y media hora.

AE: Lo que sí da la impresión es que el único trabajo que realmente te ha interesado es la literatura.

JP: La cultura. La cultura pero como la veo yo, no como la imponen los profesores. Yo, por ejemplo, el latín, que lo he llegado a saber bastante bien, no lo aprendí en el colegio. Cuando yo me puse a hacer el *rosa, rosae* por mi propia voluntad, lo aprendí rápidamente y lo sabía casi sin diccionario, por ejemplo. A mí siempre me han molestado las imposiciones y tiendo a verlas como cosa ajena a mí, aunque no lo sean en algunos casos. Y siempre he tendido a hacer las cosas por mi propia voluntad.

AC: Hay una cosa que me llamó la atención de tu libro, pero que en realidad es muy común en todos los memorialistas, y que es el autodidactismo. Todos suelen abominar de los profesores, no se reconocen en una educación, insinúan que se lo han ganado todo a pulso, que se han labrado su propia formación. Lo que pasa es que en tu caso es un autodidactismo unido a una gran rebelión interior. De joven eras una persona con una rebeldía instintiva muy acusada.

JP: De joven nunca me di cuenta, hasta que no empezaron a decírmelo. Yo siempre me he encontrado a mí muy aceptable y a los demás gente rara. Y luego resulta que es todo lo contrario. Yo nunca he hecho autocrítica, ni introspección. En las novelas

que he escrito he tenido que situarme psicológicamente en un ambiente y lo he hecho a mi manera. Pero yo nunca hasta ahora había hecho verdadera introspección.

AC: En las memorias tampoco lo haces a menudo. Dejas al lector, al que suministras una serie de informaciones, que él componga el personaje.

JP: Es que en algunas cosas que me han indicado críticos yo no me había fijado nunca. Por ejemplo, eso que dices tú de la Costa del Sol, yo no lo cité como ejemplo de corrupción franquista, sino como un dato que yo recordaba perfectamente, que era verdad.

AE: Ése es el mérito. El mérito es que tú te das cuenta de eso, lo citas, hablas de los diputados que lo aceptaban.

JP: Sí... era un ambiente tremendo. Me acuerdo perfectamente también de... eso no lo conté porque no lo vi yo, y ahí sólo quería contar cosas que yo sabía, por mí, directamente. Pero, por ejemplo, tengo entendido que Augusto Assía y no me acuerdo qué diplomático, hicieron un viaje a Estados Unidos, a Washington, con una cuenta abierta, sin límites, literalmente sin límites. Y desde un hotel importante, el Sheraton, no me acuerdo bien, un hotel importante de New York, desde allí procedieron a ir sobornando a congresistas por orden alfabético, pam, pam, pam, a golpe de millones.

AE: Pero esto a mí me interesa sobre todo por los congresistas O sea, lo de Augusto Assía, eso entra dentro de la normalidad, de lo que hemos entendido que era la normalidad. Lo que me fascina es que los congresistas demócratas se dejaran sobornar con esa facilidad.

JP: Los ingleses dicen "everyman has a price", cada hombre tiene su precio. Hay una anécdota famosa de un señor que para a otro en la calle y le dice: "Le compro los pantalones". "Usted perdone, mis pantalones no están a la venta." Y el otro ya estaba sacándose la cartera: "¿qué tal cinco millones de pesetas? Y los calcetines también".

AE: Hay una cosa que quería comentar sobre esto del material. Las cuatro novelas anteriores, de las que he leído las dos primeras, también están cons-

truidas con barro autobiográfico. Me interesa que nos expliques la relación con la memoria que se establece con un género u otro. Es decir, cómo la memoria se convierte en una voz narrativa diferente en un caso u otro. Y qué es lo que uno decide qué va a un lado y qué al otro.

JP: Yo siempre quise ser escritor y entonces me encontraba con que las novelas que yo quería hacer no me salían, y mientras no me salían pues tenía que seguir siendo periodista, porque yo lo que quería era vivir de la pluma, pero hay mucha diferencia entre ser periodista y escribir libros que tienen un peso específico grande, que es lo que yo quería, pero no me salía. Un día, ya muy tarde, cuando todavía estaba en Londres, recuerdo que di con una idea: A mí lo que me pasa es que mi memoria me está diciendo: "Hasta que no te quites de encima los recuerdos de Santander no vas a escribir un libro porque no te voy a dejar yo". Y empecé a escribir un libro sobre mi abuelo y mis padres, e hice varias versiones, que fui rompiendo porque eran muy malas. Después me vine a Madrid, me metí en *Cambio 16* y luego volví a la Agencia EFE. La Agencia me mandó a Copenhague y allí me pasé un año. Allí hice la primera versión de mi primera novela, que trata de Santander. No me gustó, hice la segunda, tampoco, hice la tercera, que ya me gustó. Entonces, una vez que escribí de Santander, ya automáticamente me salió la segunda, la tercera, la cuarta. Lo que había sido una rémora se convirtió en un aliciente. Y ya podía seguir escribiendo. Era como el tapón de la gaseosa: Como decía Fernando VII: "En cuanto yo me mueva España va a estallar". Entonces me pasó eso, y creo que fue así: hasta que no escribí aquello no pude seguir escribiendo. Y como yo invento mal, no se me da muy bien inventar, en seguida recurrí a mis recuerdos. Las novelas que no son autobiográficas las considero como un divertimento, no como importantes para mí, menos una que escribí sobre Trajano, que salió en Planeta. Ésa la hice porque me pasé mucho tiempo leyendo mucho sobre Trajano. Yo bebía, muchísimo, tuve que dejarlo por razones de salud. Y recuerdo que, cuando estaba muy bebido, Trajano venía en sueños a visitarme y echábamos larguísimas parrafadas. Y cuando dejé de beber, dejó de visitarme.

AC: A ti la Roma Imperial te ha interesado mucho.

JP: Me ha interesado una barbaridad. Otro emperador

que me interesa mucho es Aureliano Manus ad Ferrum, del siglo II, un grandísimo emperador, que sólo gobernó cinco años, con el Imperio dividido, pero que arregló la economía, el calendario.

AC: ¿Hay alguna razón especial para ese interés por la Roma Imperial?

JP: Siempre me ha interesado mucho la tradición. Para que un país me interese tiene que tener tradición, tiene que tener historia propia. Por eso he aprendido el catalán y no el vasco. Me parece muy difícil ser un español culto sin saber catalán. Me refiero a un español culto. Pero se puede ser perfectamente culto sin saber vasco. Entonces me interesó mucho siempre el origen de las cosas que yo decía, que pensaba, y de las cosas que había en torno a mí. Y llegué a la conclusión de que aquello era Roma. Podía ser Grecia, pero era Roma porque Roma fue quien lo estatificó y quien lo difundió. Roma fue el primer capítulo de la europeización del mundo, empezando por una Europa que no era Europa, sino una especie de prolongación de Asia. En casa de mi tía, donde había muchísimos libros de todo tipo, estaba la *Historia de la Revolución Francesa*, de Thiers, y la de Roma de Mommsen; como yo fui muy precoz para leer, las leí y me deslumbró aquello. Y desde muy pequeño yo empecé a vivir con los romanos, como si fuesen, como si estuviesen en casa conmigo. Cuando los curas quisieron enseñarme latín yo no aprendí una palabra porque a mí me repelía que me enseñasen una cosa que yo quería aprender solo. Cuando ya me fui del colegio y me establecí en Londres, comencé a estudiar latín, pero por mi cuenta. Y ya lo leo bastante bien, con diccionario, pero bastante bien. Y hasta que no supe leer latín, por lo menos hacerme una idea de lo que ponía el texto, aún con la ayuda del diccionario, no me consideré una persona realmente culta. Me pareció que era esencial. Ahora he intentado hacer una novela sobre Aureliano. Me ha salido muy mal y la he destruido, una novela corta, 200 folios y pico. La he destruido y ahora voy a ver si la hago de otra forma, en cuanto termine la segunda parte de mis memorias.

AE: Volviendo a las novelas, ¿hasta qué punto las novelas tienen componentes de ficción, dada tu incapacidad para la invención? Es decir, ¿cómo se produce el manejo de ese material de recuerdos en la novela?

JP: Si quieres escribir una serie de novelas y no inventas bien, y además tú, personalmente, te crees muy importante, aunque no lo digas por ahí, para que no te digan cosas como “mira, ahí va ese señor que se cree muy importante”, entonces escribes autobiografías. Pero si son novelas las haces dentro del género novelístico. Lo que aportas tú de tu propia vida te da pie para inventar. Inventar sin nada a mí me es muy difícil. Por ejemplo, hacer una novela como Balzac o como Pío Baroja, a mí me resulta prácticamente imposible, cuando lo he intentado me ha salido muy mal. Entonces tengo que tener una base real sobre la cual desarrollar inventivamente. Eso me sale bien, eso lo hago bastante bien. Cuando iba por la segunda o tercera novela de esta serie, que son cuatro (iban a ser cinco pero lo reduje a cuatro), me dije, bueno, lo que hay que hacer es rematar esto con unas memorias. De modo que, como decía Goethe, *Dichtung und Wahrheit*, poesía y verdad, realidad e invención. Es decir, compararlas. Y aquí hay cuatro novelas sobre mi vida, y aquí está mi vida. El que tenga humor, que lo compare.

AE: No, no, aquí no está mi vida. Aquí está un relato más sobre mi vida.

JP: Escrito con técnica novelística.

AE: Muy bien. Pero quiero decir: ahí están las novelas sobre tu vida, y ahí está otro relato que no es tu vida, es un relato sobre tu vida.

JP: Pero con una diferencia, que en este relato yo he intentado no decir nada que no sea verdad, mientras que en las otras yo he dicho muchas cosas que no son verdad, porque la novela no solamente lo permite, sino que lo exige. Si escribes una novela estrictamente sobre la realidad, no es una novela, aunque así se le llame, eso es otra cosa. En las memorias he intentado, dentro de mis posibilidades, no salirme de la verdad. Mientras que en las novelas he hecho todo lo contrario, utilizar la verdad para salirme de ella. Eso es lo que pasó. Y entonces, a mí, escribir unas memorias me pareció el final lógico de cualquier escritor que se respete.

AC: Entonces, ¿las memorias han surgido con la voluntad de terminar con un plan autobiográfico que empezó con las novelas o como una necesidad? Es decir, no lo he dicho todo y quiero continuar hablando de mi vida.

JP: Más que “no lo he dicho todo”, a mí lo que me preocupaba es que el personaje central no era yo. Era una persona basada en mí, pero no era yo. A mí me parecía eso como una autoinjusticia y yo quería rematarlo... Si me describo tal y como soy y cuento todo lo que me ha ocurrido no puedo hacerlo pasar por una novela; tengo que escribir unas memorias. Siempre hay un poco de narcisismo. El mero hecho de ser escritor es una manera de narcisismo. Y luego la tendencia a sentirse importante. Yo recuerdo una vez, y no soy vanidoso, pero me acuerdo que en la Agencia EFE, una de las cosas que yo decía que sentaban muy mal, era: “Después de todo, el más importante en esta casa, —y éramos quinientos—, soy yo. Porque dentro de cien años la gente seguirá sabiendo quién soy yo”. Y yo lo decía pensando que estaba diciendo la verdad, que iba a ser así. Ahí hay, evidentemente, un ataque de soberbia, pero que a mí no me parecía soberbia, porque me parecía lógico que fuese así, porque yo había escrito unos libros cuya intención era ser obras de arte, no sé si me habían salido o no, pero esa era mi intención. Si yo había conseguido mi intención era evidente que dentro de tres generaciones seguirían leyéndome, más o menos. Por lo tanto, lo que yo estaba diciendo era la pura verdad.

AC: Es curioso porque te mueves dentro de una lógica aplastante.

JP: Claro. Es que yo tenía razón. Pero, claro, ve a decírselo a esos.

AE: Es que la lógica del ego, desplegada, siempre es aplastante. El problema es no desplegarla bien.

JP: Y entonces, claro, al escribir mis memorias, lo que hice era lógico. Pues una persona que se ha pasado la vida escribiendo sobre sí misma tiene que acabar escribiendo, diciendo: “Bueno, bueno, todo eso son novelas. Ahora vais a saber lo que pasó de verdad”. Eso es más o menos lo que creo yo que pasó.

AE: Ahora, es significativo, de todas maneras, que tu primera novela fuera un éxito, porque fue una novela, además, realista que, por ejemplo, le gustó mucho a Jaime Gil de Biedma.

JP: Es que éramos amigos de Londres.

AE: Vamos, yo la leí porque él me lo dijo. Pero es

evidente que no tiene nada que ver con el éxito de las memorias.

JP: Hay una cosa muy curiosa. Es la primera novela española en la que los dos lados de la guerra civil se ven con el mismo distanciamiento. Históricamente. Y yo recuerdo una vez, en Londres, con Hugh Thomas, él me dijo: "El mérito de tu obra es que desprecias por igual a ambos lados". "Pues tienes razón", le dije. Yo no despreciaba ni a rojos ni a blancos. Lo que pasa es que mi familia materna eran todos rojos, mi familia paterna eran todos blancos, y yo no veía mucha diferencia entre los dos. Por eso los traté con el mismo distanciamiento. Y eso es lo que notó Pere Gimferrer, que creo que está muy bien visto. Por lo visto no hay ninguna anteriormente en donde ocurra esto.

AE: Pero, acerca del éxito. A pesar de todo, tus dos primeras novelas fueron muy bien. Las otras dos ya no tanto. Entonces has remontado de una manera espectacular con tu libro de memorias, como si, en realidad, el género fuera tu género.

JP: Pero es cualitativamente distinto. Porque yo he estado comprobando que las memorias han gustado a gente que no se ha ocupado nunca de literatura y de cultura. Y que algunos son bastante brutos, y que confunden leer con interpretar las letras impresas. Y a todos les ha gustado por igual. Le ha gustado, por ejemplo a un exquisito como Rubén Caba, que es un hombre de una cultura refinadísima. Y a animales de bellota que yo conozco, grandes amigos míos, por razones distintas, pero por igual. De modo que es un éxito que yo no esperaba, que me tiene algo confundido porque no acabo de explicármelo, porque a mí me parece que mi libro no es un libro pornográfico. Pero a algunos les ha parecido un libro pornográfico, y lo han leído a espaldas de sus mujeres. Algunos me lo han venido a confesar. En cambio, otros, cuya cultura está por encima de toda sospecha, lo han encontrado contenido. Entonces, digo yo, si no habré dado, por pura casualidad, con la clave del best-seller.

AE: La clave del best-seller yo creo que es la verdad.

JP: En España desde luego. Porque no existe el concepto de memorias auténticas. Con alguna semi-excepción como las de Cansinos Asséns, las de

Corpus Barga, que también se acercan algo.

AE: Sí, pero también en los primeros volúmenes más que en los dos últimos.

AC: Sí, en los últimos la ficcionalización es total.

JP: ¿Habéis leído las memorias de Narcís Oller? A mí me parecieron bastante francas, dentro de los límites de la época. Ten en cuenta que estamos hablando de un señor mentalmente decimonónico y que probablemente era muy religioso, yo no sé mucho de él, de manera que él tenía límites de los que no era culpable. Pero dentro de esos límites me parece que era bastante franco.

AC: De señalar modelos españoles, o catalanes, uno serían las memorias de Narcís Oller, ¿y además...?

JP: Situando a Narcís Oller en el momento en que él vivió, y el tipo de persona que era, me parece que era sorprendentemente franco. Pero lo que no se pueden pedir son milagros, evidentemente.

AE: ¿Y las memorias de Baroja?

JP: Me gustaron mucho, pero no son íntimas. Pero dentro de las memorias literarias son sorprendentemente francas.

AC: A mí me parece que Baroja escribe sus memorias demasiado tarde. Son una memorias reiterativas, carentes de un proyecto definido de escritura y con ganas de atornillar a la crítica. ¿A ti te preocupa?

JP: Yo no tengo rencor a nadie.

AC: Bueno, no tienes rencor a nadie, pero también ajustas muchas cuentas.

AE: Distribuye justicia.

JP: En parte justicia, pero no me vengo de nadie. (...) Yo decidí no morderme la lengua en absoluto. No decir más que cosas que yo recordaba por mí mismo. Y si alguien se querella conmigo, pues que se querelle.

AE: ¿No se ha querellado nadie?

JP: Ana María la Rosa podría haberse querellado y no lo ha hecho. Sabe que es verdad lo que digo.

AE: Hay una cosa que me parece muy interesante, y es ese trato que haces de todo el mundo en pasado. Eso lo explicas en la introducción. Eso tiene una gran ventaja narrativa, pues permite tratarlos a todos como cadáveres. Y en ese sentido, la dedicación a Paloma, que supongo que es tu mujer actual, es muy significativa, pues tiene la suerte de no salir en estas páginas, porque tu sabes que lo que va a salir ahí va a ser feroz.

JP: Pero va a ser feroz no por culpa mía. Yo qué culpa tengo de recordar esas cosas.

AE: Con esto, lo que te quería plantear es que, aunque se escriba sobre el presente, al que además ahora te vas a acercar más en la próxima entrega, la literatura necesita ese trato con cadáveres, aunque no lo sean. Aunque sea una ficción narrativa, porque algunos de ellos viven, como Emilio Romero.

JP: Bueno, cree que vive, pero no es muy seguro que esté vivo. Hay personajes de Dante que están ya en el infierno y sus cuerpos siguen viviendo. Como dice él "E mangia, e bebe, e veste pagno", "y come, y bebe y viste paño", y sin embargo está ya en el infierno. Él no lo sabe siquiera. Ellos creen que están vivos, pero Dante sabía que no, porque los había visto allá abajo, dando unos gritos tremendos entre las llamas, y sin embargo acababa de comer con uno de ellos. Yo creo que esto es lo que les pasa a individuos como Emilio Romero, que creen que están vivos y no lo están. Yo soy materialista en cuestiones religiosas, yo creo que Dios es la materia. De modo que, como me considero un conjunto puramente casual de átomos y, posiblemente, hasta una equivocación de la naturaleza, no sé, entonces considero que el tiempo no tiene importancia. De modo que ahora estoy vivo pero posiblemente dentro de veinte años no lo estaré. Eso, seguro. Y lo mismo le pasará a un señor que nazca dentro de un millón de años. Ochenta años después, o ciento cincuenta años después, si se ha desarrollado mucho la medicina, ya no estará vivo. De modo que el estar vivo me parece un puro accidente. Por lo tanto, el

que esos señores estén vivos o no a mí no me impide tratarles como el pasado, porque su destino es entrar a formar parte del pasado, de todas todas.

AE: Sí, bien. Pero si no fuera por esa moral, ¿el experimento narrativo hubiera sido igualmente posible?

JP: No, porque si te pones en el presente ya te cohibes. Te cohibes psicológicamente y no puedes escribir de ellos igual. Fulanito de tal es así, o es así. Tiene que haber sido. Y si no "ha sido" ya la prueba no funciona igual, y en la cabeza tampoco. Yo lo intenté con un capítulo o dos y no me salía. Me salía, además, falso, y a mí mismo me sonaba a hueco. Yo siempre que he escrito he intentado hacer una obra maestra. Luego, que haya salido o no, ya es otra cuestión. Yo en todas mis novelas quiero mejorar *El Quijote*. Y en mis memorias quiero dejar tamañito a Saint-Simon. Y si no lo consigo, pues bueno, paciencia. Será un semi-fracaso. Entonces, o lo haces bien o no lo haces. Y por tanto, a mí no me salían unas memorias a medias en las cuales, al tratar en presente a cierta gente y en pasado a otras establecía una diferencia entre los dos que yo no acepto, porque es una diferencia puramente temporal. Y el tiempo lo remedia todo. Y de aquí a treinta años todos calvos. Eso está claro. Pues entonces pensé, bueno, pues mira, todos muertos, incluido el autor, y ya está.

AE: Sí, sí. Eso me parece muy inteligente.

AC: Eso te ha dado una libertad para hablar de los personajes...

JP: Una libertad total, claro.

AC: ¿Qué proyecto tienes? ¿Que sean dos libros o más?

JP: Dos. Dos porque además no tengo tiempo para más. Si paré mi libro en el 74 no fue por ninguna razón de tipo estructural, sino simplemente porque tenía que buscar una coyuntura que justificase la ruptura. Y luego, yo necesitaba por lo menos ocho o nueve años de tiempo para hacer un libro serio y no un reportaje. Entonces el 74 me pareció el más lógico, pero por pura casualidad. En ese año cambié de trabajo, porque se hundió el diario *Madrid* y entré

en la agencia EFE; de idioma, porque estaba casado con una inglesa y todos mis amigos eran ingleses y yo hablaba inglés día y noche; de país, porque entonces me vine a Madrid. Cambié de todo. Y también de mujer, porque me separé de una y me casé con otra. El momento más lógico, más oportuno por razones de la economía del libro, que es muy importante, me pareció ése. Si hubiese encontrado otro momento cinco años más tarde, habría seguido, pero no lo hubo. Y ahora, mucha gente, incluido mi editor, me están incordiando para que haga la segunda parte. Y estoy pensando que se puede hacer. Entonces, la tengo ya bastante clara en la cabeza y voy a empezar algún día de estos. Estoy terminando una cosa que tengo entre manos, y entonces la concluiré con mi jubilación de EFE, que creo que es bastante gracioso.

AE: ¿Qué fue, en el 87?

JP: Sí, hace nueve años exactamente. Y después ya me he metido en casa y no me ha pasado nada de particular. Y es un buen momento para terminar definitivamente. Será un libro más corto que el primero, la mitad, o así, y luego, en cuanto termine dos novelas que tengo en la cabeza, he pensado hacer una cosa que a lo mejor es original: llevar un diario muy detallado sobre mi decadencia física, y si yo me muero de una forma natural, es decir, como consecuencia de un envejecimiento rematado por una enfermedad, eso podría ser interesante porque yo explicaría con gran detalle cómo me voy muriendo. Un libro necesariamente póstumo. Y a ser posible seguir escribiendo hasta poco antes de morir. Eso podría tener interés, porque yo creo que no se ha hecho. Que yo sepa no se ha hecho.

AE: No, no. La muerte en directo no se ha narrado. Por lo menos en España.

JP: O sea, cómo me morí, o una cosa así. Eso podría tener interés. A mí me hace mucha ilusión. Me hace mucha gracia.

AC: Lo único que yo recuerdo es lo de un escritor francés, Hervé Guibert, que murió de SIDA y escribió de sus últimos momentos, y Severo Sarduy que también escribió el diario de sus últimos meses de vida.

AE: Y Nicholas Ray, que lo filmó.

JP: Pero ese libro mío sólo funcionaría si yo muriese de muerte natural, y como consecuencia de que ya he llegado al final de la vejez normal.

AC: Jesús, a mí me impresiona mucho esa frialdad con que tú te observas a ti mismo. Eres capaz de hablar con toda tranquilidad del diario de tu decadencia física

JP: En el fondo yo creo que soy una coincidencia de átomos, un mamífero del género *homo sapiens* y nada más. Y por lo tanto, ¿quién dijo esto?, ah sí, Hawkins, el autor de *Brief History of Time*, entonces Hawkins dijo, pero, hombre, si los primates no tenemos alma, los monos no tenemos alma. Pues eso yo lo firmaré en cualquier momento.

AC: Pero aunque no tengamos alma, todos creemos que somos inmortales. Tenemos una idea de nosotros mismos...

JP: Yo considero que lo único inmortal de mí van a ser mi obra y la parte indestructible de mi cuerpo, que será una partícula mínima, que puede ser energía o materia, pero a mí no me consuela nada.

AC: Perdona Jesús, pero a ti qué te consuela.

JP: Bueno, las cosas que me gusta hacer. Por ejemplo, ahora estoy leyendo un libro interesantísimo, *Il piacere del latino*, de un latinista italiano que hace una descripción del idioma latino desde el punto de vista de un filólogo, no de un gramático, y es una cosa deliciosa. Eso es lo más parecido al paraíso que yo conozco, que es encerrarte en una especie de mundo muy efímero, porque, cuando termine el libro, terminará, y a lo mejor hasta cuando termine el capítulo, y en ese momento, es lo que decía Dante "Colei che emparadisa la mia mente", que no se puede decir en castellano, "emparadisa mi mente". Eso es lo más parecido a la felicidad que yo conozco. Ocurre también con la música, ocurre con el gran cine.

AE: Me gustaría saber algo sobre las reacciones. ¿Tu ex-mujer ha leído el libro?

JP: Sí. Pero es bastante civilizada y, cogió miedo cuando le dije que iba a hacer una segunda parte. Y entonces hemos llegado a un acuerdo, de manera que

ella no saldrá más que como comparsa. Pero, vamos, ya veremos.

AE: ¿Pero pactas?

JP: Es que eso he tenido que pactarlo, porque si no no me lo deja escribir. Y como ella no ha hecho nada importante en mi vida fuera de casa, no veo ningún daño en hacerlo. Además tiene unos hermanos muy grandotes y muy fuertes, y hay que tener cuidado. No me quiero exponer tampoco a agresiones por la calle.

AE: Ciñámonos a lo que cuentas de ella y lo que cuentas a tu relación con ella.

JP: Ésa es mi primera mujer.

AE: Sí, tu primera mujer.

JP: Ah, sí, es que la segunda tendrá que salir en la segunda parte, y por eso he tenido que pactar un poco con ella.

AC: ¿Con quién has pactado, con la primera o con la segunda?

JP: Con la segunda, con la segunda. Si no, no me deja escribir la segunda parte.

AE: Luego hablaremos de eso. La primera.

JP: Hace como veinte años que no cambio una sola palabra con ella. Es decir, yo llamo todos los lunes por teléfono y hablo con mis dos hijos y vienen aquí todos los años a verme, pero ya saben que no pueden hablar de su madre ni del marido de su madre. A mí no me parece mal que tu mujer se acueste con un señor. A mí eso me parece normal, siempre que no sea una cosa habitual, todos los días a las cuatro. Eso es ya una tomadura de pelo. Ahora, que salga un día por ahí y vuelva después de haber pasado unas horas con un señor, a mí eso me parece normal, porque lo he hecho yo. No le voy a reprochar a una persona una cosa que he hecho yo y que a mí me parece natural.

AC: Y tú lo hacías sistemáticamente.

JP: Sistemáticamente, y yo nunca le he preguntado a mi mujer si tenía algún amante o no, cuando nos llevábamos bien. Supongo que tendría alguno, pero

yo no me enteré. Pero, vamos, es un tema que no me interesa. Pero cuando ya me doy cuenta de que lleva dos años viviendo prácticamente con otro señor, eso ya me parece una tomadura de pelo. Entonces, yo a su amante no le conozco...

AE: Sí que le conocías.

JP: Bueno, si que le conocía cuando éramos amigos. Pero cuando ya descubrí que eran amantes dejé de verle y de tratarle, y no apareció por casa. Y entonces, todos sus intentos de hablar conmigo fallaron porque le colgaba el teléfono. Entonces fue cuando vine a España y me anulé. Me fue muy fácil anularme, a pesar de que tengo dos hijos. Ocurrió que mi segunda mujer es católica y no me quedó más remedio que anularme, porque no quería vivir conmigo de otro modo. Entonces me anulé alegando que, no siendo cristiano más que de bautizo, las ceremonias religiosas no son para mí más que una tomadura de pelo. Entonces, eso lo demostré. Además, tan claramente que me dieron la anulación inmediatamente. O sea, yo nunca he estado casado desde el punto de vista cristiano. He pasado por una ceremonia que no tomé en serio en ningún momento. Bueno, pues entonces, desde entonces no he tenido ningún contacto con mi mujer, ni por escrito ni de palabra. No he tenido que pactar nada. Tengo entendido, por mi hija, con quien me llevo muy, muy bien, que ha rehusado leerlo porque no quiere saber lo que dice de ella. Eso es lo que tengo entendido que ha pasado. Que lo lea su marido es imposible, porque no sabe español. En cambio ella si lo sabe, porque lo aprendió conmigo, pero ha rehusado leerlo. Es lo que me han dicho. No sé si es verdad.

AE: Tú crees que hubiera sido imposible escribir lo que escribes respecto a vuestra vida sentimental si no hubiera habido el viaje.

JP: ¿Qué viaje?

AE: El traslado.

JP: Hombre, si no hablas más que del traslado, entonces sí. Pero eso en Inglaterra se hace mucho. Una de las cosas que me llamó la atención es la tranquilidad con que maridos y mujeres hablan de sus experiencias conyugales a gente que son amigos suyos. Eso, a un español, le preguntas ¿os lleváis bien en la cama tu

mujer y tú? y lo menos que te da es una bofetada. En cambio, un inglés, si eres su amigo, si no eres amigo de él probablemente te diría "no sea usted impertinente", pero si eres amigo de él te explicaría con algún detalle que sí o que no, y no pasaría nada, y con las mujeres igual. Entonces, si la diferencia hubiera sido únicamente que yo vivía en Inglaterra, entonces podría haberlo escrito perfectamente y mi mujer no me podría haber llevado a juicio o impedir el libro, excepto si yo contara algunos detalles muy, muy íntimos que podrían afectar a su reputación. Una querrela basada simplemente en que cuento mi vida conyugal no habría prosperado en ningún tribunal inglés, y además, si yo me hubiese llevado bien con ella, no habría tenido motivo para escribirlo, porque un matrimonio bien avenido no tiene ningún interés. Todos los libros de memorias están llenos de eso. Tiene interés si existe la experiencia por la que yo pasé, que yo creo que es interesante. La forma en que mi matrimonio se vino abajo, pues tiene alguna particularidad, alguna originalidad. Pues por eso lo conté, si no, no habría motivo. Habrás notado que no hablo mucho de mis hijos, porque no me pasó con ellos nada de interés. Entonces, lo que le ha pasado a todo el mundo, que se lleva más o menos bien con su mujer, no tengo interés en contarlo.

AE: Pero, en ese sentido, creo que los celos, por ejemplo, no están tratados con una gran profundidad, o porque no existieron, o porque hasta ese infierno no pudiste bajar.

JP: Yo nunca fui muy celoso. A mí no me parece que una persona tenga propiedad sobre otra en ningún caso. Hay un acuerdo, tácito, explícito, entre tú y tu mujer, que acota bastante claramente lo que es de los dos y lo que no es de los dos. Entonces, a mi nunca me pareció mal que mi mujer tuviese algún que otro amante por ahí. Eso nunca me pareció ni mal ni bien. Me pareció una cosa que puede ocurrir y por la que no hay que preocuparse. Y por lo tanto, yo celoso nunca he sido, porque mi relación con mi primera mujer no fue de celos; me tomó el pelo, que es distinto. Eso no se hace. Esas cosas no se hacen así. Si son serias se dicen, y si no son serias no. Pero es que eso era serio. Además ella, a sangre fría, no quería divorciarse de mí hasta que los niños estuviesen crecidos, porque los niños necesitan un padre. Bueno, pues yo no estoy dispuesto a hacer ese papel a menos que lo sea de verdad.

AC: Bueno, lo que pasa es que ella también tuvo que aguantar carros y carretas. Se pueden ver las cosas desde el otro lado.

JP: Sí. Pero ninguna aventura seria. Yo no tenía un hogar paralelo, mientras que ella sí.

AC: Pero quizá lo tuvo por pura necesidad. Tú cuentas en tu libro que las cortinas rezumaban alcohol, que había un *party* en tu casa cada día y los hijos crecían a la buena de Dios, que tú vivías de una manera completamente caótica y bueno...

JP: Esas cosas se arreglan sentándose, hablando y divorciándose. No se arregla echándose una especie de marido supletorio a quien contar todas tus desgracias. Creo yo que se hacen así las cosas. Es lo que habría hecho yo. Yo nunca me enamoré de nadie. Hay un verso de Ezra Pound muy bueno que dice: "I wouldn't have loved you half what I did, loved I not womankind", hablando a su mujer. "No te quería la mitad de lo que te quiero si no quisiese a las mujeres." Bueno, esto me parece muy elocuente. Yo quería a mi mujer porque me gustan las mujeres, si no, no la querría, evidentemente. Si me gustan las mujeres, ya lo digo en plural, entonces, evidentemente, me gustan cuantas más mejor. Entonces, dentro de esas posibilidades, yo jamás hice nada contra mis hijos, ninguna confidencia irresponsable a ninguna de mis amigas, ni gasté ningún dinero que le correspondiese a ella. O sea, yo no hice traición a nadie, lo que hice fue desahogarme un poco.

AE: Bueno, quizá la traición no existe porque —es una hipótesis que yo tengo sobre tu vida sentimental— no has querido ni a tu mujer ni a nadie. Eso parece bastante claro.

JP: Sí, sí. Eso dice mi segunda mujer.

AC: ¿Lo dice la segunda respecto de ella misma? Yo también lo veo así. Yo creo que en las memorias queda claro el por qué no quieres a nadie.

JP: ¿Por qué?

AC: Bueno, una infancia muy dura, digámoslo así. Y entonces, no sé, en un momento determinado tenías mucha necesidad de afecto, no lo tuviste,

superaste los problemas como pudiste, y ahora ya no lo necesitas. La cultura te ha servido a ti como compensación...

JP: Sí, sí.

AC: La cultura, el amor por los libros, eso te ha compensado...

JP: Sí, sí.

AE: De ninguna mujer ni de ningún hombre hablas con el cariño que hablas de los libros o de la cultura del conocimiento. No tienes o no demuestras afecto por nadie. Y, sobre todo, por las mujeres.

JP: Pero yo creo que las respeto mucho.

AE: El respeto es otra cosa.

AC: El que no tengas celos, el que no los sientas. En fin se ve un desapego que tú tienes por el ser humano en general. Lo ves como una araña enferma. Como te ves a ti mismo seguramente así.

JP: Sí, es posible.

AE: ¿El pacto entonces nos lo explicas? Me interesa mucho saber cómo ahora, instalado en el presente... Claro, Paloma tiene que salir en las páginas...

JP: Bueno, hemos llegado a un acuerdo que creo que es razonable. Voy a contar mi noviazgo con ella, los principios religiosos que me obligaron a anularme, en lugar de conseguir un divorcio, que habría sido lo que yo habría buscado. Y luego, una vez casados, no hablar de ella más que en la medida en que ella participara en algo exterior a nuestra casa. Y como tampoco es muy importante, porque no habría nada que contar, o casi nada, me parece razonable. Es que si no, no podría escribir el segundo libro. Tendría que dejarlo en un banco y publicarlo póstumamente.

AC: ¿Porque ella tiene miedo?

JP: No, es que mi mujer pertenece a una familia riojana ilustre, con unas tradiciones muy decimonónicas, católicas. Y aunque es muy inteligente y está al día en todo, tiene prejuicios residuales como yo. Yo no me puedo

quitar de encima el catolicismo de mi niñez, aunque no lo siento ni lo creo. Pero tengo resabios católicos que no puedo remediar. Los resabios altoburgueses ya me los he quitado de encima, pero también me ha costado. En cambio, mi mujer, que nunca ha intentado quitarse de encima ni una cosa ni otra, claro, es más complicado.

AE: Otra cosa que me gustaría comentar del libro es lo del franquismo. Yo creo que el libro es una novedad en ese sentido. Una relativa novedad, por algo que yo escribí en la columna sobre el mito ese típico de la noche larga, el túnel donde todo era corrupto, donde todo era siniestro... A mi me parece mucho más eficaz y mucho más literario adoptar ese método que me parece ejemplar.

JP: La gente que yo conocí tal como eran y lo que hacían.

AE: En ese sentido la figura de Juan Aparicio me parece espléndida.

JP: Él era así. Él era así. Él se consideraba a sí mismo un dictador, un censor y... Pero es que él pensaba que eso era lo que hacía falta y lo que había que ser. No se le puede acusar a un señor de ser una cosa que a él le parece honorable. Se le puede acusar, pero no de la forma normal. Hay que acusarle de otra manera. Usted ha perjudicado a su país. No ponemos en duda su sinceridad, pero usted ha sido nefasto. Lo que dice Hanna Arendt de Eichmann, que era antisemita, y ella era judía. "Yo estoy en contra de la pena de muerte, pero a usted no se le puede llamar cínico, porque usted era antisemita, fundamentalmente antisemita. Ahora bien, yo le voy a condenar a la pena de muerte por lo siguiente: usted decidió que un segmento de la especie humana es incompatible con usted, pues la especie humana se considera incompatible con usted, por lo tanto le eliminamos, no por una acusación que no se le puede hacer, porque usted actuó de buena fe. Ahora bien, la especie humana se tiene que defender contra gente como usted, aún cuando reconozcamos su sinceridad." Lo mismo se le podría decir a Juan Aparicio, no se le puede acusar de mala fe. Ahora, fue usted nefasto. ¿No te parece?

AE: Lo de la mala fe me parece muy importante porque es lo que matiza, lo que le da humanidad y densidad y relieve.

JP: Era un tipo extraordinario. Él jamás le preguntó a nadie sus ideas políticas. A mí no me las preguntó.

AE: Pero eso se repite una y otra vez en el libro con mucha gente. Y luego hay otra cosa que me interesa, que está relacionado con esto... García Trevijano es el mismo hoy que entonces.

JP: Pero eso es lo que yo vi. Lo encontré siempre un completo farsante que iba dando lecciones de democracia. Un completo y absoluto farsante, que estuvo haciendo la obra de teatro mal hecha de que estaba luchando por la democracia, cuando lo que estaba luchando era por hundir el diario *Madrid*. Él tenía que hundir el periódico *Madrid* para que se quedara contento el grupo que lo dirigía. Pensaban que iban a conmocionar a Franco. A Franco se le podía conmocionar, pero no hundiendo el *Madrid*. Había que hacer mucho más. No sé, un discurso de un presidente norteamericano, a lo mejor, pero no hundiendo el *Madrid*.

AE: Pero, claro, ese contraste entre los intereses de Calvo, de García Trevijano y bueno, de los curritos que están a punto de quedarse sin trabajo, es dramático, es muy interesante.

JP: Pues yo me dije, "Ésto lo voy a contar sin comentario". Pam, pam, pam, lo que recuerdo exactamente, sin más. Y eso es lo que hice. Que es la mejor manera de contar las cosas.

AE: En cuanto al Café Gijón, en ese sentido, también es... Van pasando por ahí los fantasmas. Y algunos, por ejemplo, García Nieto...

JP: Pobre hombre. Eso es una venganza de Camilo José Cela por lo que han tardado en darle el Cervantes. "Ahora los voy a desacreditar, para joderles, ahora voy a hundirles. Después de haberlo cobrado lo voy a hundir." Es un pobre hombre que cree que la poesía es rima. Yo creo que es parte de la campaña de Camilo, que un día de estos le va a conceder el Cervantes al limpiabotas retirado del Gijón.

AC: Pero lo que dice Arcadí, la visión que tú das del Café Gijón, que, por cierto, ya tenemos muchas en casi todas las memorias literarias... Pero, normalmente, está tratado el Café Gijón de otro modo.

AE: Descafeinado.

AC: ...De una manera muy mitómana. Se ha convertido en el símbolo del acceso a la literatura. Tú lo tratas de una manera completamente desinhibida.

JP: Tal y como era.

AC: Sí, es un Gijón que no tiene el pedigrí, el aura...

JP: Es que era así, era así. A mí lo único que me parecía emocionante del Gijón era que allí se veían comunistas y falangistas, conociéndose perfectamente unos a otros, y no hubo ni una sola delación. Yo me acuerdo de Luys Santamarina y José Gallego Díaz dándose gritos y poniéndose a parir sobre Clarín, sobre *La Regenta*. Yo pensé que se iban a pegar. Se despidieron llamándose de todo. Pues Luys Santamarina, que era falangista importante, nunca denunció a José Gallego Díaz, que era comunista de carnet.

AC: Hablemos del estilo. Me ha sorprendido porque parece que el libro está escrito sin voluntad de estilo. O sea, con un estilo coloquial, prosaico, en fin, tú mismo lo dijiste en el prólogo, que odias la retórica y que no quieres...

JP: Eso es un estilo.

AC: Por supuesto. Es un estilo periodístico, memorialístico.

JP: Yo quería escribir con gran concisión, diciendo lo más posible en el menor número posible de palabras. Y eso es lo único que me ha dado disgustos. Quitar retórica, quitar paja, quitar relleno, construir el libro de modo que tuviese una armonía, que sobrase lo menos posible de un lado y de otro, crear una simetría literaria. Y eso sí es lo que me ha dado disgustos y depresiones, pero lo que cuento en ello, nada, en absoluto. Y yo lo atribuyo a que, a partir de los sesenta años, como dicen los ingleses, se vive, como dicen ellos, "on borrowed time", en tiempo prestado, o sea, con permiso del enterrador. Entonces, ya llega un momento en que dices, bueno, es que después de todo, yo me puedo morir en cualquier momento. A partir de los sesenta años ya estás en

peligro, y además serio. ¿Qué importancia tiene lo que me pasó a mí hace cuarenta años, y para mí, qué importancia tiene si a lo mejor no consigo terminar este libro? Bueno pues eso es una manera de pensar...

AC: Claro, una relativización del pasado...

JP: Y de uno mismo también. Entonces, ya nada me preocupaba eso. Si esto lo hubiera escrito a los cincuenta años, entonces, seguramente me habría provocado una reacción mucho más emotiva. Pero a partir de los sesenta años, siendo realista, si te das cuenta de que nada tiene importancia, que nada tiene más duración que la que sabes que va a tener, también dejas de preocuparte de cosas que no tienen

por qué preocuparte. ¿No crees?

AE: Yo creo que sí y que ésa es la razón por qué hablas en el libro de ti como de los demás. Es decir, no por una estrategia, como ha dicho algún crítico, a mi modo de ver, de una manera muy elemental, si no porque, bien, ésa es la lógica de la situación.

JP: La lógica de la situación. Es un muerto hablando de otros muertos. En el fondo eso es lo que es. Un muerto hablando de otros muertos.

Páginas autobiográficas

Carlos Castilla Del Pino

David Leving

Verónica Porteira

Edmundo Novo Nieto

Andrés Carratón de Rivas

Pedro Reuán y Riera